

EDITORIAL

► **LA MUERTE Y SU DERECHO (II)****FILOSOFÍA DE LA MUERTE**AUTOR:
DR. JORGE CARLOS TRAININI**Correspondencia:* jctrainini@hotmail.com

Ante un hombre que tolera con artificios el cuerpo y ya no puede sostener la existencia, la conciencia última puede dignificarlo en el acto final. La moral de las religiones al impedir ingresar a la muerte por la propia voluntad es extraña a este hombre que se ha sobrepuesto a toda la angustia que le acarrea su ignominia; que ha soportado lo infausto de convertirse en un “ser para la muerte”, cuyo objetivo injustificado le ha sido vedado por el misterio y que pretende enajenarlo hasta sus últimas consecuencias con una fe dogmática. Alejarlo de la fe racional.

Terminemos irremediabilmente con el consuelo aparente, cualquiera fuesen los caminos que conducen a él, instinto, razón o sentimiento. No acarreemos más temores ni pesimismo. Tampoco placidez u optimismo. La muerte termina al ser existente, no a su libertad, aunque ésta sea la última ironía que nos depare nuestra propia conciencia en respuesta al origen, sueño y destino de lo seres humanos. ¿Pero puede tener sentido esta libertad de la materia sin la conciencia que hizo al hombre?

Los individuos y a los pueblos son análogos en su comportamiento. Decaen en sus instintos y entran en decadencia y cansancio. La ciencia en gran parte ha sido un paliativo para huir del pesimismo y alejarse

de la angustia. Su resolución necesita del pragmatismo para soportar el agotamiento de las civilizaciones y las vidas individuales. Ya no alcanzan la ética y la moral ante la necesidad del instinto, en la paradoja de un hombre que intenta elevar su razón para la comprensión estética del mundo, opuesto a lo inexplicado de su existencia.

El problema de la muerte humana no puede ser resuelto con la ciencia. Ésta, nacida de la duda más sublime, se ha transformado en el apóstol de un demiurgo ignoto, que representa a la razón especulativa y al progreso inadecuado. Cuando la conciencia se observa con la óptica existencial y con su recurso más alto, cual es la comprensión afectiva ante la muerte irreversible, se entiende la perseverancia en esas condiciones, más como una pulsión por la angustia a la muerte que por ubicar al hombre en su verdadera dimensión de un ser que muere. Las civilizaciones no caerían en el cansancio y el pesimismo sino fuese por la tragedia que le lleva a pensar que todo sistema y pensamiento organizado no lo aleja de la muerte. Le sucedió a la Grecia antigua y a todas las civilizaciones, las que periódicamente parecen retomar con nuevos bríos para hundirse en la misma ignominia de siempre: la conciencia de la muerte. La tragedia proviene de la conciencia humana. El optimismo es una reacción idealista lejana al pragma-

*Director de la Revista Argentina de Cirugía Cardiovascular

tismo del instinto y a la razón especulativa; pensamiento del espíritu que se aleja del desaliento existencial, de la melancolía, de la tristeza y del dolor, y que llevan a nuevas decadencias o a sardónicas ironías.

La filosofía para los griegos era el arte de prepararse para morir. Ella se adentró en la tragedia y llegó al extremo de una sinceridad brutal al contemplar al hombre solo en un universo infinito sin explicación plausible, con la posesión de una conciencia limitada, sin justificación para semejante desatino. Sócrates al bajar la filosofía desde el mito a la tierra y entender a la razón como el patrimonio del hombre ha sido un gran irónico al dejarnos la tragedia del “ser auténtico”, el hombre reflexivo de su realidad. Opuesto al que se abraza a lo inauténtico, con la vida tomada como una “feria de novedades”; al que ignora que es poseedor de una conciencia infortunada.

No le basta al ser hombre sus bases racionales de moral, ética y estética en los períodos en que se enfrenta a la decadencia del instinto. La filosofía griega y su tragedia avizoraron un mundo inútil en su pasión cuando comprendieron que sólo la conciencia humana advierte que morir es dejar de ser, tema que luego desarrollaría Sartre.

El ser para la muerte, tal cual es el hombre, es en esencia angustia cuyo perjuicio recae en la conciencia humana, la cual puede tomar el camino de la dignidad o de la imaginación. Lo digno es aceptar las características de la muerte con sus posibilidades de intransferible y extrema. En la imaginación, la muerte es ajena, una “escena teatral” que no nos pertenece, le sucede a los “otros”. El concepto de muerte es una profunda contradicción, ya que es propia para los demás e impropia para uno mismo. El hombre accede a vivir en un eterno presente convencido que siempre la muerte pertenece a los demás. Tomar conciencia de la muerte implica una respuesta que se manifiesta en el lado oscuro de la conciencia. Lo que define la certeza del ser es la muerte,

ya que sin ella se vuelve un estado imposible. Mutuamente inapelables. Cuando al hombre ya no lo sostiene el cuerpo, su conciencia última pierde el significado de ser. Es el acto final, la que cierra la totalidad de la angustia del ser, al abrirse a la libertad del no-ser.

EL DERECHO A LA MUERTE

El derecho a la muerte es un suicidio digno. Quizás utilizar el límite más alto y enigmático de la conciencia, divorciándola del instinto y la pasión. El delirio y el suicidio son representaciones sintomáticas ante la decadencia del instinto en sostener la existencia. El dogma de las religiones en evitar la muerte voluntaria es una acción que enajena al hombre con la fe al servicio del misterio. Decidir la propia muerte implica anticiparse con la dignidad porque morir forma parte del ser, el cual es inconcluso hasta la muerte, y cuando lo hace es el no-ser, y no la nada.

El suicidio es fruto del agotamiento producido por los hechos cuando las utopías fracasadas adelantan el proyecto final de la vida. Pero el más esencial es el corolario de una claridad que enceguece en un estallido de lucidez, en una substitución del hastío, en una comprensión de la vacuidad que rodea al ser. Entonces el escepticismo encandila en un instante todo el destino. Se convierte en renuncia desenfrenada.

¿Cómo abandonamos el mundo después de la conciencia del yo? Sólo a través de la lucidez extrema. Y es justo caracterizar a este concepto de demasiado razonable para poder tolerar el devenir de ser polvo y evitar la angustia inútil de existir; entendiendo también que el equilibrio para soportar la existencia ante la renuncia de aceptar el no-ser desnaturaliza a la esencia natural a la cual pertenecemos y por la cual luchamos y sobrevivimos.

Un extremo de oculta demencia sostiene

a ultranza la existencia en las condiciones límites y el suicidio se aletarga expectante en cada una de las conciencias. Al acecho de la oportunidad en que el *sarvam anityam* (todo es transitorio) del budismo excrete al temor del no-ser. Para la antigua Roma se había convertido en una forma de perpetuar la dignidad. En ese punto del desenlace esperaban los dioses paganos. El cristianismo transmutó a la absolución de la vida en un pecado. El dogma se adueñó de la escapatoria humana, aquella que permite evadirse del sufrimiento, no por ley divina sino por voluntad. Negar la imaginación constituye el condimento para el suicido al momento que no hay nada para explicar y que los escépticos incorporaron a la potestad de la conciencia.

Si subsiste en el suicida ese halo de ensueño ingenuo; de creer que pueda convertirse en un acto heroico y alcanzar la conmoción en rostros cercanos o que piense en recrear un paisaje contemplativo imaginando los efectos de su decisión, ésta se convierte en un fraude. Una trampa a la dignidad. El suicidio es un fundamento, no existe en calidad de terapia ocasional. Encadenarlo a otras quimeras lo mutan en impostura. Sólo alcanza a concretarse cuando la lucidez desbarata la definitiva marioneta del destino, en un estado de conmoción brusca y profunda que evita fracasar ante la avidez de permanecer vivo un solo día más. Debido al fuerte lazo con la prosecución de la supervivencia instalada por el orden natural el intento del suicida suele finalizar en un engaño a su íntima voluntad.

El suicido esencial, sin causa aparente, es la comprensión racional a la situación existencial. La adaptación a esa idea devuelve al hombre su dignidad al negarse a comparar una postergación de lo predeterminado. Representa una sublevación al mandato del orden natural y la toma de la potestad definitiva. Trágica y cruel, pero noble y sobria. Entonces asimila que la existencia es una degradación en el tiempo. Y su única opción la interrupción.

EXISTENCIAL

Existo a partir de una partícula anónima. Me pregunto desde donde le llegó a ella el espíritu para sobreponerse a la ignominia. La esperanza aquilatada fue una fatalidad al alentar al racionalismo, pero paradójicamente sobre todo al absurdo. Al fin de ellos la angustia y la ignorancia no cesan. La esperanza no ha sido mi pasión, la aparté precozmente de mi existencia luego de la ingenuidad de los primeros años de vida. Comprendí su falacia al enjuiciar la historia y la vida cotidiana que se desarrollaba alrededor de mis experiencias. Perdí su crédito que es el optimismo. Pero el gran maestro esclarecedor del desaliento lo constituyó el tiempo, el cual certifica que en algún momento toda perspectiva se exhibe en un túmulo de tierra en donde yace el proyecto designado vida. Consideré que la mayor tragedia de esta revelación se halla en la conciencia que se evapora inapelable luego de conocer anticipadamente su destino.

La esperanza asume el valor de una presea instintiva por encima de cualquier sacrificio, de cualquier raciocinio. Para sus poseedores es mística. En su detrimento los hombres lúcidos suelen acercarse a la indiferencia o y en su extremidad al suicidio. En los escépticos el suicido termina siendo un orgullo tan inútil como la misma existencia.

Siento a mi conciencia desdeñada. Llevo su fatalidad en carácter de hábito irrenunciable. Es parte de mi materia diaria y continúa el vacío que me invade. No hay en mí anhelo al dirigir el pensamiento en alguna dirección. Él me devuelve la perversión del embuste. Ni un ápice de razón o muestra del destino puede interceder con la validez de este juicio. Sólo queda continuar de pie aunque sea con la apatía y salvar la dignidad individual. Al final cada hombre será una anécdota olvidada con la misma exactitud que tienen todos los destinos. La esperanza yace desvaída con el hombre en medio de la continuación de su drama.

La muerte carece de sentido, salvo su necesidad. Hace dramática la existencia y la transforma en inútil. Desde el punto de vista individual es una tragedia, de la que sólo los racionales se dan cuenta. Y de éstos, la gran mayoría, han sepultado ese conocimiento muy adentro de la conciencia, con el fin de volver soportable la vida. Tan arraigada está en nosotros la necesidad de disfrazar nuestro destino, y de engañarnos en forma permanente, que hemos asumido una serie de medidas costumbristas, culturales. El motivo es hacer más benevolente nuestra muerte. Todo el cortejo de ella, desde el hombre más primitivo, ha perseguido tener cerca (en verdad menos lejos) y recordados hasta lo indecible a los que fueron puntualmente desapareciendo. Claro que, en los términos de la hipocresía moral en los que se desenvuelve el ser humano, esta posibilidad pasó a formar parte esencialmente de los que tienen poder. La religión, en su concepto más claro para la cual fue prevista, constituyó la imprescindible actitud del ser humano con el fin de encontrarle explicación y continuidad a su materia. Esta situación determinó la división del hombre en cuerpo y alma. La descomposición visible de la materia hacía necesaria e imprescindible la creación del alma separada de ella. La salvación de esta última como un ente independiente era fundamental para justificar una vida posterior, sin la cual los mitos iban al fracaso. El producto inteligible del hombre llamado alma o espíritu, constituye con la materia que le dio origen, una unidad indivisible cuerpo-alma, que sólo ha podido conceptualmente separar, en primera instancia el terror a la desaparición física, y posteriormente la religión entendida como poder rector del hombre, y no como voluntad de ampararse en el misterio del ser, voluntad propia de cada hombre.

Incluso esta situación, nacida de la necesidad individual del hombre, dejó de ser de libre credo. Se la utilizó con un poder despótico. No solamente debía salvar pretenciosamente a las almas, sino debía servir fundamentalmente a la soberbia e intereses

de los que llevaban el poder. Se transformaron en vendedores de ilusiones, lo cual también sirvió para lograr la masificación del hombre. De esta forma, las creencias tanto religiosas o políticas, fueron compulsivas y dictatoriales. En la historia del hombre esta situación, fue uno de los hechos que produjeron injusticias y muertes. Ambas están confundidas en sus mismos métodos y extorsiones. Así, la actitud religiosa, en vez de transformarse en una esperanza de libertad post-vida, se trasladó a una marginación en la tierra, hacia aquellos que no aceptaban divinidades impuestas por intereses derivados de las mismas apetencias de siempre: poder material y sumisión de los demás. Incluso, su actitud totalitaria ha hecho injusto el concepto de desvalorización que se esgrimió del ateo y del agnóstico, actitudes fundamentadas en la razón que nos fue dado acumular durante el período evolutivo. Y situación tolerada en el mejor de los casos, porque la denuncia que se hizo de ellos no sólo llegó a su disgregación, sino también a la persecución y ejecución. Ahora bien, todos los procesos analizados y vividos desde la historia más remota, se han basado en un punto terriblemente coherente y cierto: la falta de evidencia sobre los dioses invocados. La no-comparecencia de ellos en el terreno del hombre, ha hecho que éste no solamente fuera espectador de su drama, sino que además transformara en utópica su ilusión de no permanecer solo.

Más allá de la experiencia aquilatada con la historia, el punto de equilibrio de la conciencia del hombre, es comprender que con la razón alcanza un límite derivado de su capacidad. Para la prosecución de su aventura de trepar del ser-hombre a un ser-espiritual, debe inevitablemente proseguir luego de ella, con la fe. Se le vuelve imprescindible congeniar, para la continuidad existencial, tanto individual como social, los conceptos de razón y fe, ya no como entes separados, sino reunidos en una ecuación razón-fe, a pesar del destino que atesora sobre su identidad.